

El rey sapo o Heinrich el Inflexible

En tiempos remotos, en aquellos en los que desear todavía servía para algo, vivía un rey cuyas hijas eran bellísimas, mas la menor lo era tanto que hasta el mismo sol, que tantas cosas ha visto, se asombraba cada vez que sus rayos se posaban sobre ella. Cerca del palacio real había un gran bosque umbrío; y en el bosque, a la sombra de un viejo tilo, se encontraba un estanque. En los días de mucho calor la hija del rey salía al bosque y se sentaba al borde del fresco manantial; y cuando se aburría tomaba una bola de oro, la tiraba por los aires y la volvía a coger; y éste era su pasatiempo favorito.

Pues bien, en cierta ocasión sucedió que la bola de oro de la princesa no cayó en su manita extendida, sino que se deslizó por su lado, se precipitó al suelo, chocó, rodó y cayó en el agua. La princesa la siguió con la mirada, pero la bola desapareció, y la fuente era tan profunda, tan profunda que no se veía el fondo. Entonces se puso a llorar cada vez más amargamente, y no podía consolarse. Y estando así lamentándose, alguien la llamó:

-¿Qué te pasa, hija del rey?; gimes tanto como para ablandar las piedras.

Miró a su alrededor para ver de dónde venía la voz y entonces descubrió a un sapo que asomaba por el agua su fea cabezota.

-¡Ah!, ¿eres tú, viejo chapoteador? -exclamó-; lloro por mi bola de oro, que se me ha caído en el estanque.

-Tranquilízate y no llores -respondió el sapo-; puedo ayudarte muy bien, pero ¿qué me darás si rescato tu juguete?

-Todo lo que quieras -dijo la princesa-: mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas, y hasta la corona de oro que llevo puesta.

El sapo respondió:

-Tus vestidos, tus perlas y piedras preciosas y tu corona son cosas que no quiero; pero si estás dispuesta a quererme y a aceptarme como amigo y compañero de juegos, si dejas que me siente a la mesa junto a ti, que coma de tu platito de oro, beba de tu vasito y duerma en tu camita; si me prometes todo eso, bajaré al fondo y sacaré la bola de oro.

-¡Oh, sí! -exclamó-; te prometo cuanto quieras con tal que me saques la bola.

Pero, para sus adentros pensaba: «¡Qué de tonterías parlotea ese sapo presumido! Está en el agua entre los suyos, croa que te croa, y no puede ser compañero de una persona.»

El sapo, una vez que obtuvo la promesa, se sumergió de cabeza, se hundió y apareció al rato con la bola en la boca y la arrojó sobre la hierba. La princesa se llenó de alegría al ver de nuevo su hermoso juguete, lo recogió y se marchó con él.

-¡Espera, espera! -la llamó el sapo-; llévame contigo, que no puedo caminar como tú.

Pero, ¿de qué le servía croar y gritar con todas sus fuerzas! La princesa no lo escuchó, se fue corriendo al palacio y pronto se olvidó del pobre sapo, que tuvo que meterse de nuevo en su estanque.

Al día siguiente, cuando se había sentado a la mesa con el rey y todos los cortesanos y comía en su platito de oro, algo, ¡plis, plas, plis, plas!, trepó por la escalera de mármol y, al llegar arriba, tocó a la puerta y llamó:

-¡Princesa, la menor de todas, ábreme!

Corrió a la puerta para ver quién llamaba, pero, al abrir, se encontró con el sapo. Entonces dio un portazo, se sentó de nuevo a la mesa y sintió mucho miedo. El rey se dio cuenta de que su corazón palpitaba alocadamente y dijo:

-Hija mía, ¿de qué tienes miedo?, ¿acaso hay un gigante tras la puerta, que quiere llevarte consigo?

-¡Oh, no! -respondió-; no es un gigante, sino un asqueroso sapo.

-¿Qué quiere el sapo de tí?

-¡Ay!, padre querido, estando ayer en el bosque, jugando sentada al borde del estanque, se cayó al agua mi bola de oro. Y como me echase a llorar, el sapo me la sacó, y como me lo exigiera, le prometí que sería mi compañero; pero nunca pensé que pudiese salir de su estanque. Ahora está ahí afuera y quiere entrar a acompañarme.

Entretanto tocaron por segunda vez a la puerta y se oyó de nuevo la voz:

Hija del rey, la menor,
ábreme.
¿No recuerdas ya lo que ayer
me prometiste
junto al fresco manantial?
Hija del rey, la menor,
ábreme.

Entonces dijo el rey:

-Tendrás que cumplir lo que has prometido: ve y ábrele la puerta.

La princesa fue a abrir, y el sapo saltó dentro y la fue siguiendo hasta la silla. Allí se quedó y gritó:

-¡Levántame hasta tí!

La princesa vaciló hasta que el rey le ordenó que le obedeciese. Cuando el sapo estuvo en la silla quiso pasar a la mesa, y cuando se sentó en ella, dijo:

-Ahora acércame tu platito de oro para que podamos comer juntos.

La princesa hizo, en verdad, lo que le pedía, pero se veía a las claras que no lo hacía con gusto. El sapo comía con apetito, pero a ella se le atragantaban casi todos los bocados. Luego dijo el sapo:

-He saciado mi hambre y tengo sueño; llévame ahora a tu alcobita y prepárame tu camita de seda; nos echaremos a dormir.

La princesa se echó a llorar; tenía miedo del frío sapo, al que no se atrevía a tocar y que ahora habría de dormir en su preciosa y limpia camita. Pero el rey se enojó y dijo:

-No debes despreciar a quien te ayudó cuando te encontrabas en apuros.

Entonces le cogió entre dos dedos, se lo llevó arriba y lo dejó en un rincón. Mas, cuando ya se había acostado, el sapo se acercó dando saltitos y dijo:

-Tengo sueño, quiero dormir tan bien como tú; súbeme o se lo diré a tu padre.

Esto sí que la puso hecha una furia; cogió al sapo del suelo y lo tiró con todas sus fuerzas contra la pared.

-¡Ahora descansarás, sapo inmundo!

Pero en lo que cayó al suelo dejó de ser sapo, para convertirse en un príncipe de hermosos ojos y mirada amable. Y, por voluntad del rey, se convirtió en su querido compañero y esposo. Entonces le contó a la princesa que había sido encantado por una bruja maligna y que nadie, sino ella, podría haberle desencantado del estanque; y le dijo que al día siguiente partirían para su reino. Entonces se durmieron, y a la mañana siguiente, cuando los rayos del sol les despertaron, llegó una carroza tirada por ocho caballos blancos que tenían blancas plumas de avestruz en la cabeza y llevaban bridas de oro; y detrás venía el criado del joven rey, su fiel Heinrich. Cuando su señor fue transformado en sapo, este leal servidor quedó tan consternado que se mandó colocar tres aros de hierro alrededor de su corazón para evitar que le estallase de dolor y de tristeza.

La carroza debía conducir a su reino al joven rey. El fiel Heinrich ayudó a subir a la pareja, se colocó de nuevo detrás y no cabía en sí de gozo por la salvación de su señor. Cuando habían recorrido un trecho del camino, el príncipe oyó un estallido a su espalda, como si algo se hubiese roto. Entonces se volvió y gritó:

-Heinrich, que se rompe la carroza.

-No, señor, no es la carroza,
que es un aro de mi corazón,
que estuvo en gran aflicción
mientras en la fontana estuvisteis
y un inmundo sapo fuisteis.

Y una y otra vez se oyó aquel chasquido por el camino, y el hijo del rey creyó siempre que la carroza se partía; y sólo eran los aros que saltaban del corazón del fiel Heinrich, por que su amo se había salvado y era feliz.